

MAPAS DE LO DIVERSO, REINO DE LA RAZÓN

LÓPEZ SÁENZ, M.^a Carmen y DÍAZ ÁLVAREZ, Jesús (Eds.): *Racionalidad y relativismo. En el laberinto de la diversidad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012, 302 pp.

Habitamos tiempos convulsos en los que las guerras intestinas africanas y asiáticas parecen endémicas, en los que los Derechos Humanos son vapuleados como si fuesen garabatos en papel mojado y en los que una gravísima crisis económica está minando los cimientos de un Primer Mundo cuyo Estado de bienestar considerábamos intocable e inalterable. En estas épocas en las que las entrañas se tornan visibles y el ser humano tiene que habérselas con su propia inmundicia, la/s diferencia/s se acrecientan en la misma proporción en que el *ego*, *lo mío* y lo propio se ensanchan apoyándose en macabros principios ideológicos y demagógicos. Ante tal paraje monádico moteado de parcelas en propiedad, la filosofía ha de mostrar su valía ¡otra vez!, cual Sísifo condenado a perpetuidad por una Ciencia engréida que, sin embargo, la reclama cuando los asuntos humanos se le escapan como arena de entre los dedos. Ciertamente, nuestra disciplina *tiene* que articular nuevos mecanismos para que *el otro* en su ser-diferente —considérese esta alteridad en un sentido tanto concreto como global— sea tomado en su enriquecedora diversidad y, además, *ha* de proporcionar marcos teórico-prácticos originales para que la multiplicidad perspectiva atienda a (R) razón. Este libro a varias voces que aquí reseñamos intenta acometer esta abrumadora (e ingrata) labor filosófica poniendo en juego elementos de la fenomenología de Husserl (las contribuciones de los profesores Francesc Perenya, Pedro Alves y Javier San Martín), Ortega (el estudio del prof. Jesús Díaz y transfondo del de San Martín), Merleau-Ponty (del que se ocupa la profesora. M.^a Carmen López) y Lévinas (que el prof. César Moreno usa como pretexto para construir su Indiferencia). Cierra esta obra la contribución de la profesora M. García, que prescinde del paradigma fenomenológico para presentarnos a un Calvino singular cuya contribución a la modernidad dista mucho de la ofrecida por Weber.

F. Perenya, con un estilo claro a la par que riguroso, se centra en las lecciones de ética que Husserl publicó en *Kaizo*, con el objetivo de desgranar la articulación entre la perspectiva diferenciadora inherente a los fenómenos humanos y la búsqueda de rasgos esenciales que permitan, precisamente, referirnos a la (H)humanidad. Esta cuestión basal se amplía hasta el problema de las cosmovisiones divergentes en cuyo tratamiento puede notarse la estima perenyana por la fortaleza de la razón en Husserl. Este pensador también es analizado por el portugués P. Alves, que convierte las frases no-declarativas en un puntal de la teoría del significado husserliana de la que, a su juicio, depende todo su andamiaje conceptual. Este Husserl demasiado centrado en *Investigaciones Lógicas* es «corregido» por la pragmática de Austin que humaniza el lenguaje y, en dicha medida, abre las puertas a la discusión sobre su papel en el diálogo intersubjetivo, asunto no tratado explícitamente por el luso, pero que subrepticamente le permite entroncar con la temática general de *Racionalidad y relativismo*.

Un Husserl tardío convulsionado por los aciagos acontecimientos de su época relega al nóema a un segundo plano —desplazamiento que no abandonó— y dirige su mirada al mundo de la vida que los seres humanos habitan. Este vuelco le devuelve un paraje yermo que clama una teoría y una *praxis* filosóficas aunque ello conlleve onerosos aranceles. Dicho Husserl de la *Krisis* es pretexto y subtexto de J. San Martín, maestro reconocido de una nueva generación de fenomenólogos hispanos a los que ha coagulado en una Escuela. Partiendo de la cotidianidad de la convivencia multicultural, elabora una filosofía racionalmente dúctil que legitima aquellos actos individuales en los que se ponen en juego cosmovisiones diferentes. Pero, además, su proyecto implica romper el modelo de los fines concretos y de una historia cerrada para sustituirlo por un saber, una cultura y una historicidad (in)finitos. Este horizonte abierto conlleva constantes renovaciones como las que, a su juicio, propuso Husserl respecto a Europa, espejo en el que aún tiene sentido mirarse.

J. San Martín también es conocido por su empeño en recuperar la figura de Ortega y Gasset, esfuerzo en el que también está implicado el prof.

Jesús Díaz —co-editor junto a M.^a Carmen López de esta obra coral. Esta rehabilitación era necesaria para hacer justicia a un pensador maltratado por ser español y por moldear la lengua castellana cual orfebre que trabaja el oro licuado. Estos dos rasgos plenamente positivos fueron losas lapidarias pues, por un lado, era (y es) prejuicio extendido que España es país de literatos que cantan las delicias de la vida, de santos encargados de reconducir a esos espíritus pasionales y de charangueros que practican penitencias cuaresmales. España no era (ni es) cuna de filósofos por carecer de tradición seria, rigurosa y de presente cabal, condiciones que sí cumplían Alemania o Francia. Ortega tuvo que *hacerse* pensador —intelectual, como se decía para no «pillarse los dedos»— rompiendo barreras y ofreciéndose como tal ante todo tipo de auditorio —otro motivo de su lapidación. Además, Ortega poseía el don de la palabra cautivadora y de la explicación clara que dejaba en el lector/oyente la emoción de haber comprendido lo expuesto. Esa sencillez y transparencia exigen un conocimiento profundo del castellano ya que sólo así pueden explotarse los matices de un vocablo para que irisen los textos. Y esta aparente ventaja fue considerada (¿maliciosamente?) ora como instrumento de ocultación de un vacío conceptual, ora como inadecuada para una filosofía que tenían en Descartes y en Kant los guardianes de lo precedente. A pesar de ello y de los otros, Ortega fue un filósofo español digno de alta consideración como el profesor J. Díaz pone de relieve. Con su característicos *tempo*, claridad y profundidad expositivas, nos indica que el Ortega de *El tema de nuestro tiempo* se decanta por una «solución integradora» respecto al problema del relativismo mediante la cual intenta casar la pluralidad vital e histórica con la unidad construida racionalmente. Esta articulación se manifiesta en su teoría de la perspectiva de indudable cariz fenomenológico.

La profesora M.^a C. López no requiere de presentación pues sus múltiples trabajos la preceden como tarjeta de visita y su nombre es un referente innegable entre los merleau-pontistas. En este caso, confronta la posición de los que fueron dos buenos compañeros, Merleau-Ponty y Lévi-Strauss —recuérdese la dedicatoria de *Tristes Trópicos*—, a propósito del relativismo cultural que cobró fuerza a principios del XX y que casi

siempre era sacado a colación para mostrar la excelencia de la vieja Europa frente a la rudeza de los «pueblos primitivos» descubiertos. Pero la propuesta de Lévi-Strauss que insiste en buscar universales que den cuenta de la repetición de mitos, costumbres, etc., en diferentes cosmovisiones, no está exenta de numerosos problemas (objetivismo, formalismo...). Dichas dificultades le hacen perder de vista el mundo vivido urdido con los hilos de una intersubjetividad primigenia en la que *yo-otro* es el par incuestionable y basal de un convivencia socio-cultural que permite prescindir de diferencias que acentúan en demasía la diversidad. Esta capa primaria fue analizada por Merleau-Ponty y, en dicha medida, es un buen correctivo a las ideas de Lévi-Strauss.

César Moreno ha logrado traspasar los lindes del conocimiento exegético con el que se suele iniciar la «carrera» universitaria —y que algunos no superan, regodeándose en la reiteración— y ha construido una filosofía propia que, a buen seguro, marcará escuela. Aunque estamos cansados de leer/escuchar que habitamos en un mundo multicultural y de ver la estampa de una plaza en la que juegan niños de diversas razas o de cosmovisiones diferentes, basta un velo islámico a la puerta de un colegio para que esa comprensión mutua ofrezca su verdadero rostro en la que el otro-en-su-ser-distinto no participe de la *interparidad de los mismos*. Para que esta situación —que las crisis económicas agudizan— dé un vuelco y el ser-diferente-que-viene-de-fuera sea asimilado en lo propio y abandone el fango de la discriminación, C. Moreno propone una InDiferencia positiva o igualdad que ha de ser aprendida en todos los ámbitos que hacen de un niño un adulto maduro. Aquélla debe ser concebida como *telos* de una auténtica convivencia pacífica en la que el otro y yo dejen de estar separados o, lo que es peor, se presten a un baile de máscaras que se interrumpe tan pronto el *alter ego* muestre una alteridad que nos moleste.

La última contribución que nos gustaría comentar se sale del paradigma fenomenológico para centrarse en Juan Calvino, tradicionalmente considerado el padre de una moral secularizada y de la autonomía individual moderna. Sin embargo, la profesora M. García nos muestra —haciendo un repaso a los temas fundamenta-

les calvinianos y recurriendo a sus textos— que dicho pensador erigió un edificio conceptual fundamentado en la Biblia y que, lejos de llevar a cabo una profunda reforma que culminase en la Ilustración —nuestro sempiterno sancta sanctorum—, convirtió a Dios en el origen del derecho y en el pilar de un Estado sometido a sus designios. Excelente ensayo en el que, con el poder conferido por la buena exégesis, se nos desmonta una de las creencias más extendidas en nuestro universo cultural.

Cuando uno decide abrir las tapas de un libro y sumergirse en él, no puede por menos que apostar parte de su saber sin la plena seguridad de que le será devuelta su cantidad inicial ni de que ampliará sus ganancias. Quizás, para garantizar que éstas se harán efectivas se escriben reseñas como ésta, cuyo único propósito ha sido mostrar las líneas fundamentales de unos capítulos que merecen la

pena ser leídos. La pluralidad de puntos de vista, de concepciones y *praxis* filosóficas que allí encontrarán son un ejemplo más de esa diversidad que forma parte esencial y enriquecedora de nuestro mundo cultural, a pesar de que algunos se empeñen en negarla bajo un «cualquiera» o en menospreciarla realzando, cual niños mimados, las virtudes de *los mismos*. La filosofía ha de convertir la pluralidad humana en objeto de reflexión para que las personas aparquen su estupidez y se den cuenta de que yo y otro son las dos caras de una misma moneda. El silencio, el desierto, el aislamiento... no son formas de reivindicar la propiedad, sino una llamada *del otro y al otro*. Ojala que lecturas como éstas sirvan de vacuna para un mal que, desafortunadamente, se extiende pandémicamente.

Karina P. TRILLES CALVO
Universidad de Castilla-La Mancha